

MSS 385
647/1264
C.A

Martes 11 de Julio de 1916

El Atentado Contra el Presidente Argentino

El cable nos ha trasmitido, junto con los ecos alegres de las festividades argentinas, la noticia del atentado contra el primer mandatario de esa República, don Victorino de la Plaza.

Un degenerado disparó un tiro de revolver contra el Presidente, en los momentos en que este recibía, en unos balcones del XX Palacio de Gobierno, las merecidas manifestaciones de simpatía que le tributaba el público. Afortunadamente el asesino erró el blanco, y la bala fué a incrustarse a algunos matros del sitio que ocupaba el señor de la Plaza.

No se necesita conocer detalles especiales de la personalidad del anarquista para comprender que se trata - como siempre - de uno de esos cerebros desequilibrados, para quienes la autoridad es siempre, un crimen, y las ideas de patria orden y gobierno, palabras desprovistas de sentido.

Lecturas mal digeridas, falta de educación, agitadores que luchan con la ignorancia o la debilidad mental de sus oyentes, he aquí algunos de los factores que contribuyen a levantar en el fondo de los individuos predispuestos al crimen, estos fermentos de odio y destrucción, incomprensibles para un espíritu sano, en medios ambientes como el de las Repúblicas americanas en que todas las libertades encuentran el más vasto campo, y en que el poder ejecutivo es, por lo general, harto menos robusto de lo que debiera serlo.

Las simpatías que rodeaban al Presidente de la nación hermana, sus dotes de carácter, su inteligencia, su proverbial buen sentido, habrían bastado para detener a cualquier individuo que no fuera un loco o un criminal.

¿Que se pretende, por otra parte, con estos ataques dirigidos a los representantes de la autoridad? El poder con que la voluntad popular los ha investido, no muere con el honrado ciudadano que ha aceptado las insignias del mando. La obra de un loco no es capaz de prevalecer en contra de la conciencia entera de un país. En el caso de la República Argentina, el hechor sabía bien que, aún cuando su plan tuviera éxito, en nada se alteraría el régimen que trataba de destruir: el sucesor del doctor de la Plaza había sido designado ya por sus conciudadanos. ¿Que otra cosa sino un rapto de demencia, podía guiarlo a perpetrar su crimen?

Gracias a Dios, el pavoroso proyecto se ha frustrado, y la nación argentina puede celebrar el recuerdo de sus glorias patrias sin que ninguna nota de tristeza vanga a interrumpir el regocijo natural popular.

L.